

La carne del cielo

Carlos A. Díaz Barrios



Edición: Pablo de Cuba Soria
© Logotipo de la editorial: Umberto Peña
© Ilustraciones de cubierta e interiores:
Carlos A. Díaz Barrios
© Carlos A. Díaz Barrios, 2021
Sobre la presente edición: © Casa Vacía, 2021

www.editorialcasavacia.com

casavacia16@gmail.com

Richmond, Virginia

Impreso en USA

© Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones que establece la ley, queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del autor o de la editorial, la reproducción total o parcial de esta obra por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias o distribución en Internet.



El lobo a veces mueve la cola como un perro,
y ese es el momento en que lo mata el cazador.

I

Contemplo al hombre comiendo su manjar,
lo contemplo,
hasta que lo cubre el vidrio de la noche,
hasta que se le cierran los ojos
con la rabia que tiene
la espuma al cortar el pan.

Porque esto es corto,
cortísimo.

Tan corto como una rosa muerta.
Tan corto como una pared y una lágrima.

Estoy sentado al borde del cuchillo,
sentado como un amigo
que ha llegado tarde a la fiesta,
como un raro amigo

que se le ha caído el rostro
al cruzar la calle.

Perdido el pulso,
perdido dentro de mis espejos,
busco el mar;
busco la mordida exacta.

El pequeño delirio de los pájaros;
la puerta abierta donde el portero
sueña qué hacer;
dónde poner el dedo en el aire,
cómo caminar buscando.

¡Oh, Dios!
con un sombrero de *condottiero*
arrastras a puercos.

Montado estoy en este juego,
montado en la madera que arde.

No soy de este país,
ni del otro.

Me he perdido cuando abría
la puerta de las geografías;
cuando espiaba al cartero
trayendo en su saco
palomas y puñales.

Soy un hombre.
Soy el que recita los versos
porque no cuesta nada luego
el empeñarlos.

Soy el que toca una libra de pan,
el que trae un dedal para la costura,
una mujer para la espuma;
el que va puntual al trabajo
hablando con los muertos
y los amigos.

Pero sigo montado
en el caballito de madera.
Es bueno este corral
con luces y guirnaldas.

Es bueno este banco donde
se empinan los globos.
Es bueno el equilibrio
y su jodida maniobra.

El algodón de azúcar,
el veneno regalado,
porque es bueno lo regalado,
aunque sea veneno.

Ogi tt unuuu iiiiii ooooo abaa...

¡Qué bien entiendo el idioma de los hombres!

¿No lo habéis visto esta tarde?
Iba montado en un carromato,
y al carromato lo empujaba un perro,
y al perro lo empujaba el viento.

Y la tarde gris con una perla en las manos.
Y las gentes en los balcones
fumaban olorosos cigarros.
Y el verano con su pala de oro
escarbaba en la tierra.

Y el humo del día era hermoso,
como tiene que ser.

Oh, Dios, en la cocina a mi madre
se le ha perdido el rostro lavando los platos,
se le ha perdido el corazón.

Oh, Dios, en mi casa hay una nave
que parte para los ignotos mares del tiempo.

Enarbolo mi sangre y mis dedos,
la cortina del agua que viene bajando.

¿A dónde vamos esta noche,
a dónde voy buscando
una estrella en los dedos?

Oh, Señor,
se me parte el corazón en un latido,
se me borra la cara
mirando por encima de los abetos
la soledad de esta tarde;
una soledad que anda descalza
apagando las velas.

Dios-Señor-Lluvia.

Escarbo la tierra buscando el perdón.

Y no me doy por vencido.

Muelo vidrios.

Masco estrellas.

Cada vez que voy al patio,
la vejez me enseña su arpón
y a veces me hago el muerto.

Pongo los ojos en el plato del diezmo
y miro el recorrido de mis ojos;
van derechitos al altar.

Mis ojos en el altar, al lado del florero,
y el cura con su blusa y sus gordas nalgas,
levantando el cuerpo del misterio.

Y puedo jurar, lo juro,
que lo que está encima
de nosotros son las lámparas
del techo encendidas.

Una mosca.
Una gota de polvo.
Un silencio.

Y la soledad sentada a mi lado
con una cesta de serpientes
mirándome a los ojos.

Yo soy barro.
Soy matorrales.

Yo, mirando al pueblo
aplaudiendo el delirio del poder,
cómo aplaude la puta gloria de los héroes.

Y este señor flaco que va
con esa corona de espinas,
con 34 latigazos de cuero de Judea.

Va llagado y asqueroso.
No es Dios. No es el *orbis perpetum*.
El *tenebrae iluminato*... las colombas.

El divino Platón
escribiendo revelaciones sobre el agua
en una noche de amor.

Quién lo sostiene,
quién le da de beber agua
en un cuenco de lata.

Dónde están las trompetas.

La muralla llena de adelfas,
la terraza donde se sacrificaban los gallos
para que se alejara la tormenta.

La urdimbre de la vieja sangre,
la rueda en el patio
dando las trece vueltas
para edificar las glorias del mundo,
y el espesor de las torres de Jahvé.

El linternero,
el chupatintas de la historia,
el agrimensur que se ha dado cuenta

que el cielo cuenta
para colocar la primera piedra,
para poner los vasos en el altar,
las copas y los instrumentos.

Está solo... ¿sabes?

Está solo en plena oscuridad
como un inocente,
como un hombre que se levanta de la cama
y no encuentra la puerta
para salir de la habitación.

Y los niños en los columpios.

Y las nanas en la costura.

Y el Poder que baila pensando
que todo esto es hermoso.

¡Oh, yo me cambio por él!

Me pongo en el cuello
una vela de satín
para que vuele hacia la cuchilla.

Me pongo al final de las cosas
donde nadie pregunta por nada.

Orbis... Degennerato.... Acattonne.

Las malas ortografías de la historia,
de ese latín que ha empezado
a convertirse en lengua romance.

Pero, ¿qué pasa con él?
¿No habéis visto que sufre?
¿Por qué no lo dejan morir?
¿Para qué esa cruz?
Ese color amarillo del cielo.

Yo no me divierto.
Ni aunque me suba en el pulpo
o en la montaña rusa.

Siento un sudor frío,
un miedo de que nadie le dio la mano
para que subiera
la escalera de la eternidad.

Lo tendieron sobre la cruz,
lo levantaron como una bandera,
lo pusieron inmóvil en el aire,
lo dejaron con cuatro clavos y dos ladrones
en medio de los payasos
y los emparedados.

Bello el juego.
Inmobiliaria la estación.

El verbo cuajado,
la aceituna negra del Mediterráneo,
la quilla del galeote,
las cadenas,
la plomada,
y la infalible ramera que siempre aparece
en estas circunstancias
y se remanga las sayas
para secarse las lágrimas.

Ungüentos de Abisinia, mirra negra de Cirenaica,
flores secas para el dolor del alma, incienso Kyphi.

Todo este bazar para mi Dios,
para mi cantar de los cantares,
para tus ojos de gacela,
para tu cuello lleno de collares de perlas
y tu cutis que se derrama en la vida
con las alas del placer.

Os doy mi reino,
mi taza, mi plato y mi camello,
lleno con la nieve que tiene la luna en su borde
luminoso.

Yo le di significado a la palabra amor,
por eso soy eterno.

No he podido regresar,
no he podido cortar el nudo de la primavera,
no he podido ni tan siquiera
caminar de nuevo sobre el agua,
tocar la mano del viento,
detenerme en tu piel buscando la felicidad.

He sido siempre el callado,
el que parte el pan en la mesa

y se da cuenta
de que el pan es mi cuerpo,
es mi abrigo, mi deseo.

Felices los mortales...
Felices de no tener
que sentarse en el desierto
a ver el brillo de la luna,
a contar las sombras,
a recordar las nubes.

Todo hombre está solo
en el patio de su casa
mirando por la ventana
la oscuridad de su rostro.

Todo hombre ha dejado su abrigo
para caminar desnudo
hacia la Muerte.

Labré la sala de mi casa
buscando los frutos del paraíso,
pero solo encontré

el silencio de mi madre.

Solo vi el amanecer
cuando entornaba la puerta,
cuando me sentaba en la silla,
y me daba cuenta
de que la silla estaba muerta.

Todo estaba muerto
en aquellas cuatro paredes,
en aquel fogón
donde la tarde dejaba
su dedo de espuma.

Yo, el caminante,
y la locura de mi madre.

Mi madre caminando
con un pájaro muerto en el pecho.

Mi madre contando las monedas
tan invisibles como el perdón.
Mi madre llorando cuando regreso

y llorando cuando me alejo.

Pobre madre,
cruzando el oleaje de la casa
con un vestido viejo.

Índice

El lobro a veces mueve la cola... / 9

I / 11

II / 29

III / 41

IV / 47